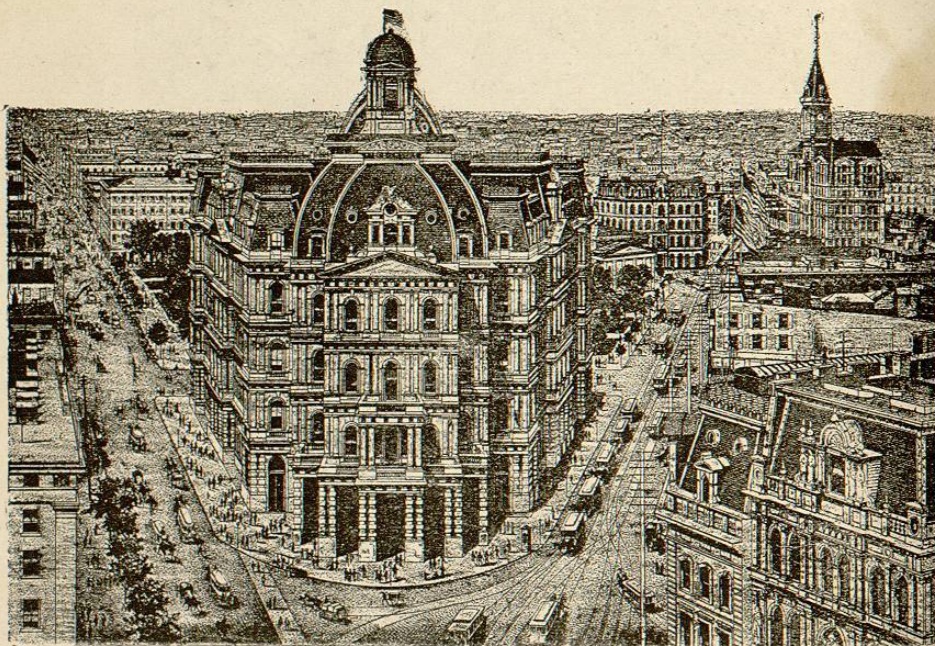


El número de embarcaciones que encontramos, á proporción que nos acercamos al puerto, es tan prodigioso que simula un hormiguero.

Una bruma muy espesa nos cubre á cada momento, al grado de no distinguir ningún objeto á cuatro ó seis metros de distancia. El vapor se detiene: lo mismo hacen las demás embarcaciones, sonando estas el pito, disparando aquellas un cañonazo, otras tocando la campana, para indicar su presencia y evitar un choque.



NUEVA YORK. OFICINA DE CORREOS.

Como al detenerse un vapor, cesa también el sonido de su máquina, y son tantas las embarcaciones que á cada instante se están cruzando en todas direcciones, al estarse quieto un buque, envuelto en esta blanca oscuridad, es preciso que haga algún ruido, algún estruendo que dé á conocer el espacio que ocupa, para prevenir una colisión.

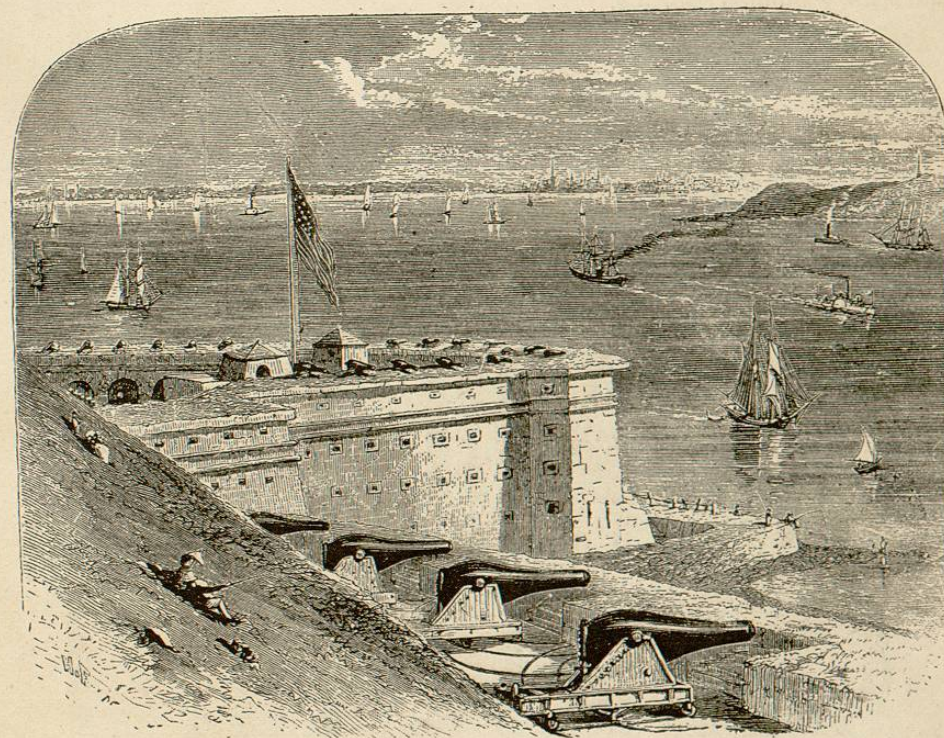
Se rasga de repente la niebla, caminamos algunas toesas más, y luego nuevamente invadidos por la bruma, nos volvemos á detener: otra vez oscuridad, sonidos de pito, cañonazos, campanadas hasta disiparse la neblina.

Repetida varias veces esta escena, llegamos por fin despues de medio día á Liverpool, puerto de los más frecuentados del mundo, pues entran diariamente en sus imponentes, soberbios diques, de quinientas á seiscientas embarcaciones.

Ya anclado el buque, vino á visitarlo una turba de empleados de la aduana. Como los puros pagan fuertísimos derechos y son ocultados con tanta faci-

lidad en el equipaje de los viajeros, es el artículo que persiguen con avidez los empleados del fisco.

Mientras veía yo registrar con tanto escrúpulo y severidad hasta el último rincón de las petacas y bauls de mis compañeros de viaje, y rodando por el piso las corbatas, calcetines y menudencias de tocador, se me acercó el eriado que había estado encargado de mi camarote y llamándome aparte me dijo: — Si



EL FUERTE RICHMON Y LA BAHIA DE NUEVA YORK.

V. quiere que no registren su equipaje, déme algo para gratificar á uno de los empleados que es amigo mío. — ¿Cuánto se necesita? le pregunté. — Medio peso, me contestó. — Le dí cuatro reales, y, en efecto, al tocar á mi equipaje su turno de ser abierto y registrado, le hizo cierta señal á un inglés muy elegante, de patillas rubias, y exigentísimo en el trasiego de los bauls, quien comprendiéndolo, dijo á sus subalternos — « Esto no se registra » — y siguió ocupándose con los demás.

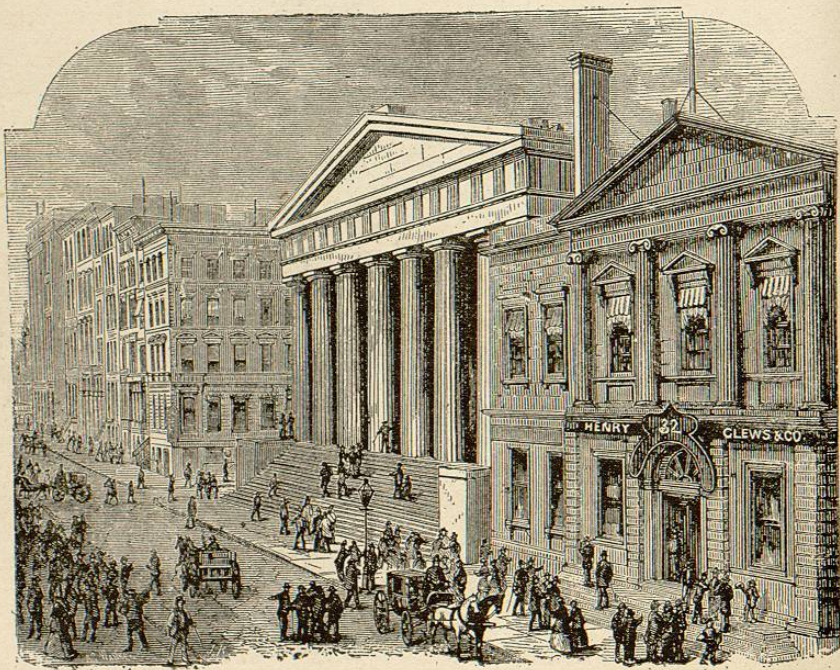
No sabiendo fumar, no traigo puros, ni tampoco algún objeto que pueda ser comisado; pero es tan bochornoso que al trasegarse un baúl ó saco de noche en presencia de un gran número de personas, saltan y andan por el piso ciertos pequeños objetos, que con gusto doy cualquier gratificación por evitarlo.

Lo que me ha sorprendido es que este empleado, con toda su apariencia de *gentleman*, se dejase comprar por cuatro reales...

Después he sabido que los viajeros que tienen interés en pasar alguna cantidad de puros, lo consiguen regalando algunos á un empleado, por conducto de cualquier sirviente del vapor.

Y esto pasa, en la nación modelo....

Liverpool será de unos seiscientos mil habitantes, tiene un gran movimiento comercial y buenos edificios.



NUEVA YORK. TESORERÍA EN WALL STREET.

En compañía de un joven español, Manuel Rodríguez, mi compañero de vapor y muy buen amigo durante la travesía, me alojé en un hotel llamado de la Habana, siendo grande nuestra sorpresa al encontrarnos que nadie hablaba en él español.

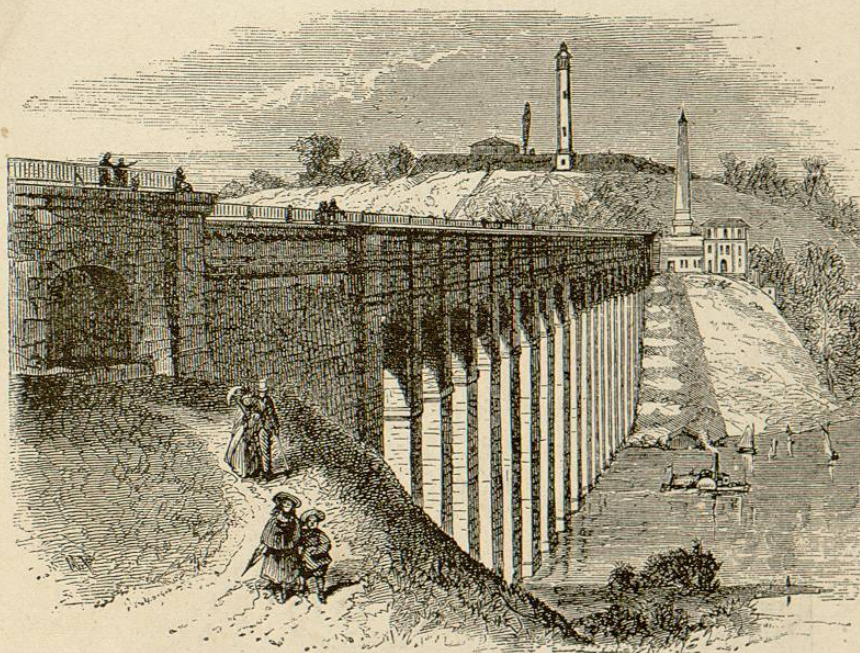
Se ha repetido el caso de que estando anunciado en la entrada de un hotel de Alemania, que en él se hablaba francés, español é inglés, un pasajero francés encontrándose que la servidumbre y empleados hablaban sólo el alemán, preguntó quienes eran los que hablaban aquellos idiomas, y un intérprete le contestó que los que iban allí los hablaban entre sí.

Rodríguez y yo, en efecto, hablaremos el español mientras estemos aquí. Este hotel perteneció en un tiempo á un cubano, y aunque pasó despues á otros

dueños ingleses, sigue con el nombre de hotel de la Habana. Pero se habla en él tanto español, como en el centro de la Tartaria.

La habitación que nos han destinado es una espaciosa sala, en el tercer piso, con dos ventanas que dan á la calle y con el frente para el oriente.

En la tarde nos paseamos con un cicerone que nos guió en esta gran población. Como á las ocho, entramos en un teatro de barrio, especie de café cantante en donde se tocaba, se cantaba y representaba pequeñas piezas, muy concurrido por la clase media.



NUEVA YORK. EL PUENTE ALTO.

Salimos mucho después de las diez y empezaba á oscurecer; á las once era ya de noche.

Hicimos un breve paseo y luego nos recogimos en nuestro hotel.

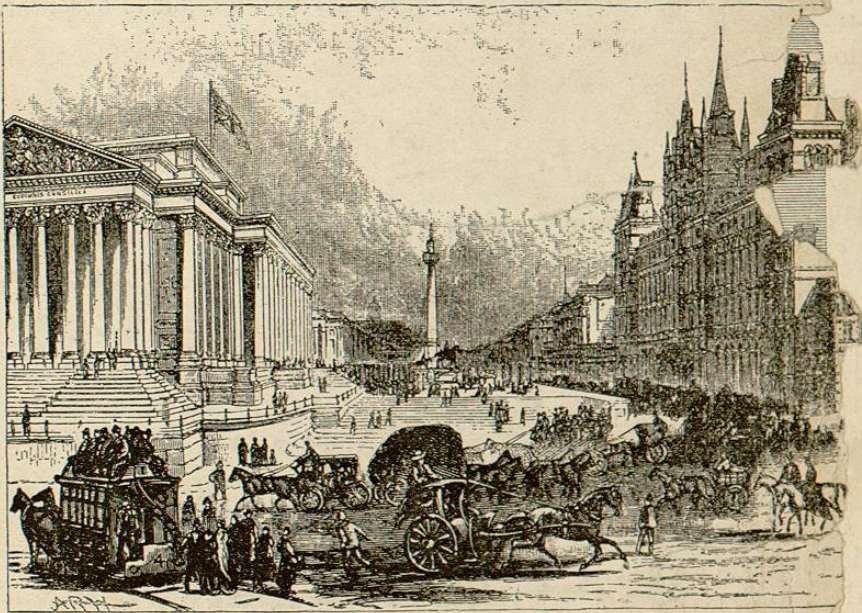
Por distracción no cerramos las persianas, ni corrimos las cortinas de las ventanas, quedando éstas con sólo las vidrieras.

Despues de haber dormido algo, me desperté sorprendido, la luz entraba en nuestra habitación y era ya de día. Ví mi reloj y encontré que señalaba la una y tres cuartos; este reloj se paró, me dije á mí mismo, dándole cuerda.

Acostumbrado en mi país á levantarme siempre al amanecer, salté de mi cama, me lavé y vestí en silencio para no despertar á mi compañero que estaba bien dormido, abrí la puerta interior y empecé á bajar las escaleras.

En el descanso entre la segunda y primera escalera, encontré un carril y que roncaba sin ceremonias.

Seguí bajando y al llegar al zaguán, ví que estaba cerrado, y el criado más tero dormido. Le desperté para que abriese. Se restregó los ojos y se levantó guntó lleno de admiración. — ¿ Á dónde va V. á esta hora? — Á la ón, y la pasearme, le contesté. — ¿ Á esta hora? Á esta hora nadie se pasea, meada en có, toda la gente duerme; hasta las siete ú ocho de la mañana no se en á levantar: serán apenas las dos. —



LIVERPOOL. LIME STREET.

Volvíme á mi cuarto viendo de nuevo mi reloj, que no se había pa como yo creía, y, que en efecto, señalaba las dos.

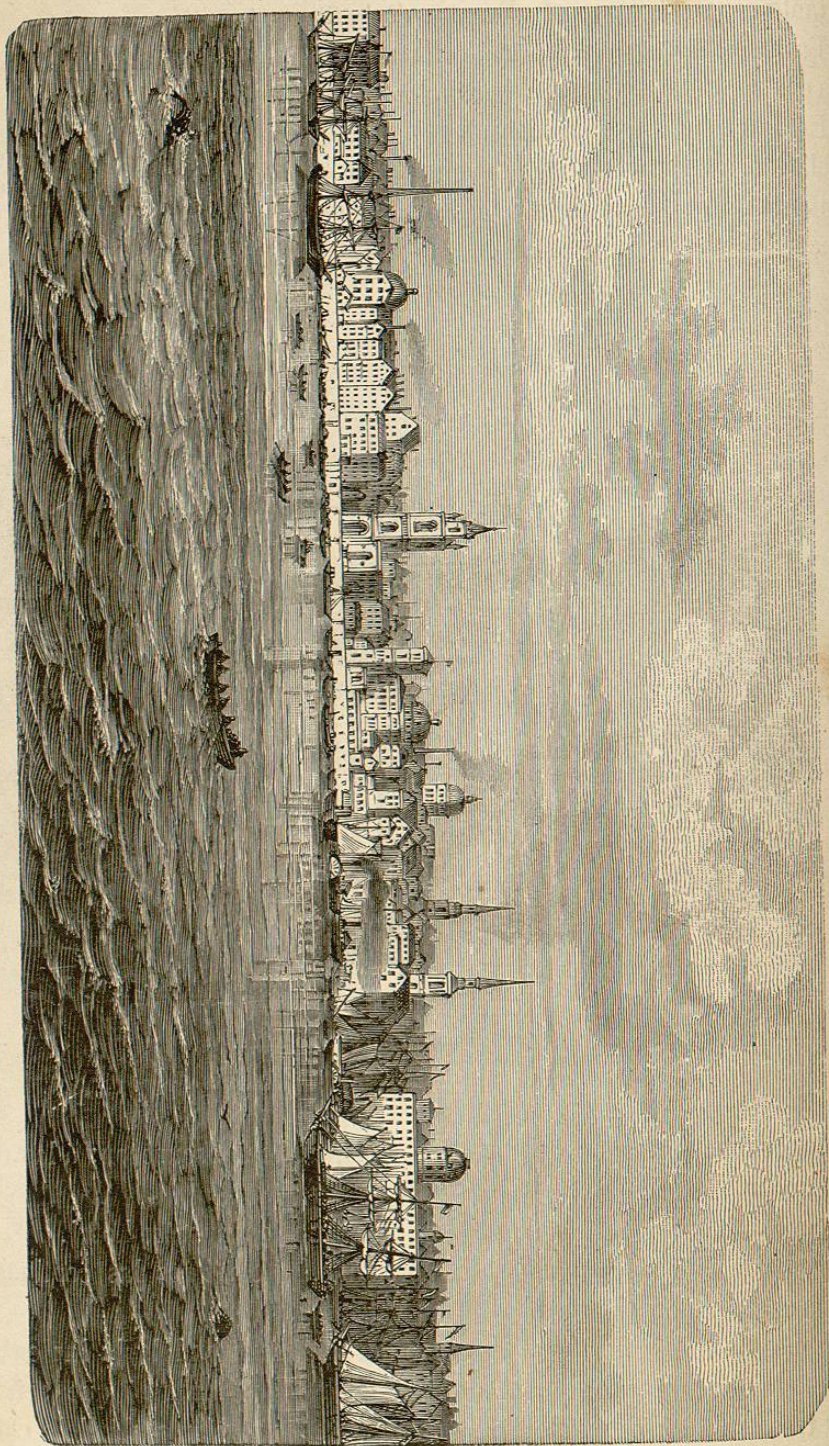
Abrí una de las ventanas, y me sorprendió ver el sol ya asomando en e ante de zonte, y, sin embargo, la calle estaba solitaria y sin un transeunte. Las ue lino y y ventanas todas cerradas.

Me volví á acostar, me levanté á las cuatro: el mismo silencio vien traía Esta población de tanto ruido y movimiento ayer, hoy tan quieta, no la familia alumbrarla bien el sol, me impresionó de una manera extraña. interior

Por fin, como á las seis, uno que otro vendedor de leche, ó el cr salía á barrer el frente de alguna casa, fueron el anuncio de que se de iones que esta gran ciudad.

Como á las ocho de la mañana principiaron á abrirse algunas nte me las menudeo, y á las once los bancos, los grandes almacenes y las joyeio que cien

VISTA DE LIVERPOOL

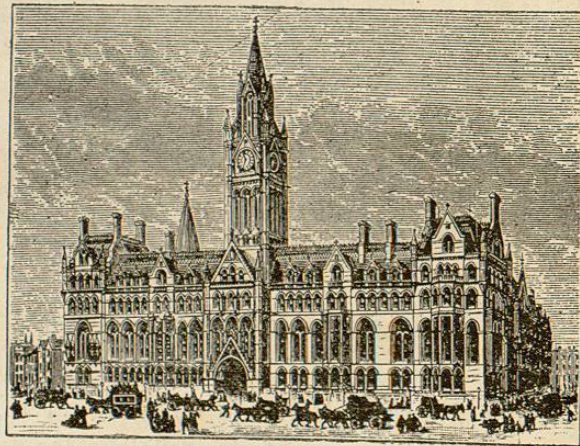


ba yo acostumbrado á ver la quietud de las poblaciones acompañada
mente de las sombras de la noche; y encontrar una gran ciudad desierta
calles, cuando el sol, á una gran altura en el horizonte, lo inunda todo
me chocó desagradablemente, pues creía contemplar una capital aban-
por sus habitantes, al terrífico anuncio de una gran catástrofe.
inmensa población en absoluto silencio en pleno día, es tan imponente,
te en distinta línea, como el terrible mar azotado por el huracán.
en éste, el silbido del viento y el rugir de las olas pueden comprimir y
iar el corazón, en aquélla le paraliza.
ueño de millares de seres, á la luz del día, no puede observarse sin

4 de Junio.

venimos por primera vez de América encontramos en Inglaterra mu-
sas que nos llaman la atención: en nuestro paseo por las calles, nos

emos á cada paso,
ara observar el cu-
niforme de un sol-
n cuya cabeza luce
equeña boneta rojo
ate, que sostenida
acinta como barbi-
é inclinada á una
sienes, le da el
de payaso, ya
ficio ó monumento
el consagrado á per-
cuyo nombre por
a vez suena en
os oídos; unas



MANCHESTER. CASA DEL AYUNTAMIENTO.

el caballo corpulento, gigantesco, que, tirando de un carro, al fijar en el
sus manos y patas calzadas de enormes fierros y que parecen tor-
te temblar la tierra, otras los innumerables diques, en los que, como
dos bajo llave, reposan buques que han cruzado los más remotos mares.
sos y costumbres de las gentes; sus trajes, las frutas de sus mercados;
edades, divididas en libras ó soberanos, chelines y peniques; los inmensos
s, las joyerías en cuyos aparadores lucen por centenares los relojes,
piedras de valor elevadísimo, son objeto de impresiones tan variadas
lables.

Ayer estuve en Mánchester, que está á una hora de camino de ferrocarril y
que tendrá unos quinientos mil habitantes. Esta gran ciudad está compuesta en su
mayor parte de fábricas de tejidos; por donde quiera, sólo se ven elevadísimas
chimeneas arrojando un humo denso y negro, que forma sobre la población una
espesa nube; el aire que se respira está saturado de residuos de carbón, y la
ropa blanca se ensucia de negro á cada momento, como si fuera empleada en
limpiar cañones de chimenea.



LONDRES. PLAZA LEICÉSTER Y TEATRO DE LA ALHAMBRA.

Todos los comerciantes en ropa de México, que se surten directamente de
Europa concurren en este mes á Mánchester por toda clase de tejidos de lino y
algodon.

Visité á un negociante de Tampico, el Sr. Alejandro Ugarte, para quien traía
una carta, y que acaba de casarse con una guapa muchacha, y por él y su familia
supe de la estancia en aquella población de varios comerciantes del interior
de México.

Tanto al Sr. Ugarte como á su esposa y madre política, debí atenciones que
me harán recordarlos siempre con cariño.

Fuí á una tienda á comprar unas camisas y cuando el dependiente me las
enseñaba en el mostrador, le pregunté el precio de la docena; me dijo que cien

chelines; le ofrecí noventa; tomó las camisas, las puso en el armazón y entró en la trastienda.

Creí que iría á traer y mostrarme otras de menos precio. Esperé cinco, diez minutos ó más, hasta que impaciente me fuí á la tienda inmediata.

Me hice enseñar las camisas, cuellos y pañuelos y me dijeron sus precios.

Pregunté si me podrían hacer algún descuento, y me contestó el dependiente con mucha cortesía, que se comprendía que yo era extranjero, que en Inglaterra no había más de un precio fijo para los efectos; uso muy distinto al de Francia y las demás naciones; en ellas se pide un precio y se dá la mercancía en otro.

Entonces me expliqué porqué en la otra tienda el dependiente se metió en la trastienda, y me dejó esperando en el mostrador.

Observé después en otras casas de comercio, que los compradores preguntan el precio del objeto que desean, y si les conviene, lo toman y lo pagan; si no, lo dejan y se retiran en silencio sin entrar en explicación alguna.

Me extrañó mucho este modo por lo seco y desabrido; pero luego reflexionando me convencí de que era excelente; pues además de economizar las palabras y sobre todo el tiempo en un pueblo de tantos negocios, tiene la inmensa ventaja de que el extranjero y el nativo, el experto y el ignorante obtienen la mercancía al mismo precio.

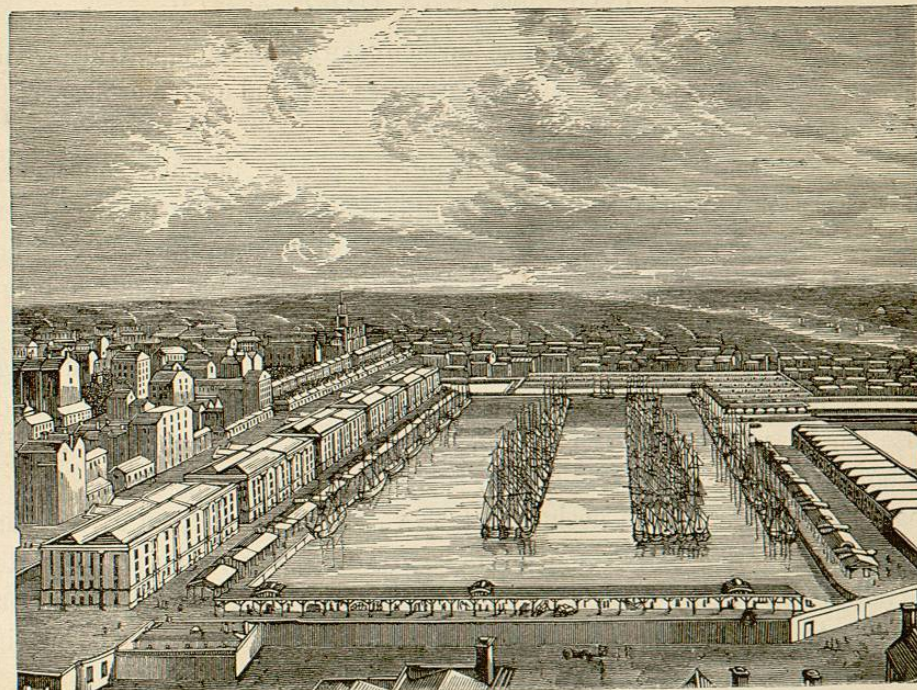
Bien conocida es la mala fe que reina en el comercio al menudeo de otras naciones; los vendedores se aprovechan de la ignorancia en los precios de plaza del pobre parroquiano que cae en sus manos, y venden á la misma hora á precios muy distintos el mismo efecto, según las personas con quienes tratan, siendo los extranjeros las principales víctimas de su rapacidad.

Por lo general, en Inglaterra está uno á salvo de esta clase de robos: estos comerciantes, que ven como á un canalla y cortan tratos con el que fijando un precio hace alguna rebaja, mostrando así su mala fe, no sólo tienen sus precios fijos, sino que en los aparadores es costumbre poner sobre cada objeto el valor respetivo.

Y son tan escrupulosos, que al fijar en el escaparate el precio de un reloj, por ejemplo, de cien ó más pesos, no dicen, « valor 20 libras » sino 20 libras 3 chelines 4 peniques, como si dijésemos en México, cien pesos, seis reales, ocho centavos.

Sería curioso y daría motivo á prolongadas risas en cualquiera pueblo de México, si algun negociante propusiese en venta un caballo en 148 pesos, 5 reales y cuatro centavos.

Y sin embargo, esto manifestaría buena fe, porque el vendedor indicaría que había sumado el costo del caballo y la cantidad precisa que quería ganar en él; es lo que hacen los comerciantes ingleses en la venta de sus mercancías, sistema que de todo corazón quisiera ver adoptado en mi patria.



LONDRES. LOS DIQUES (DOCKS).

CAPÍTULO IV.

LONDRES.

Exigencias en el Idioma. — Catedral de San Pablo. — Mercado de los Judíos. — El Támesis. — El Palacio de Cristal. — Museo Británico. — La Torre de Londres. — Jardín Zoológico. — El Parlamento.

5 de Junio.

Anoche salí de Liverpool.

Triste fué para mí el despedirme de Manuel Rodríguez, joven inteligente, modesto y bondadoso, dotado de esa franqueza y lealtad que caracteriza á la raza española. El Gobierno de su patria le comisionó, entre otros, para recibir un armamento en Remington (E. U.) y concluida su misión regresa á España.

En mi travesía de Nueva-York á Liverpool en que nos conocimos como compañeros de vapor, ha sido para mí un verdadero hermano; hablando más inglés que yo, me servía de intérprete en todo lo que se me ofrecía. Cuando me mareaba, hacía á los criados que me sirviesen limonadas, naranjas, dulces,